



RAMÓN GRIFFERO

VEINTE AÑOS Y UN DÍA

LOS '80 LO INSCRIBIERON COMO UNO DE LOS PIONEROS DE LA CULTURA *UNDERGROUND* EN CHILE. EN UN GALPÓN DE 1918, UBICADO EN LA CALLE SAN MARTÍN, ESTE SOCIÓLOGO Y DRAMATURGO CREÓ UNA CULTURA QUE MARCÓ LA ESCENA CHILENA. ESTE ES EL BALANCE DE SUS MEJORES AÑOS, A PUNTO DE ESTRENAR NUEVA OBRA.

Por MARÍA CRISTINA JURADO Fotografías: LEO VIDAL



Cinema-Utopía se estrenó en 1985 (arriba) y reestrenó en el 2000 (abajo). Uno de sus grandes éxitos, financiado por las fiestas en *El Trolley*.



'EL DRAMA DE UN PAÍS SERÍA NO TENER CREADORES. CHILE LOS TIENE. ME DA RABIA Y PENA QUE LOS MEDIOS DIFUNDAN COSAS SUPERFICIALES Y NO EL ARTE'.

Griffero deja caer frases para el bronce que le brotan con inteligencia. Habla con voz suave, acostumbrado a que no siempre lo entiendan. Y es que este sociólogo de la Universidad de Essex reconvertido al teatro, quien estuvo exiliado diez años en Europa ("un periodo que me ancló para siempre en Chile") sabe que lo que dice, piensa y hace casi nunca tiene referentes: Griffero es un creador de la cabeza a los pies. Un inventor sin misericordia. Es más: como pocos, este hombre pequeño, de poco pelo y ojos saltones se ha 'inventado' la vida.

Ha sido así desde siempre. Partiendo por su infancia, que transcurrió en diez colegios. Por sus estudios de cine y teatro en Bélgica. Por el cartón de *Bachelor of Arts* en Ciencias Sociales obtenido en Inglaterra. Y por la creación del Teatro de Fin de Siglo en el galpón *El Trolley*, con la que acuñó —con Semler, Izquierdo, Rivadeneira, Justiniano, Warnken, suma y sigue— un movimiento de resistencia cultural sin parangón durante el régimen militar. Tiempo dorado pero difícil. Impo-

sible, a veces. Un teatro que él bautizó como Fin de Siglo porque entonces pensaba que no pasaría al siguiente milenio y tenía que apurarse. Hoy, a punto de estrenar *Tus deseos en Fragmentos*, en Matucana 100, se rie a recordar sus fatídicos pensamientos.

En su juventud acumuló títulos igual como en su carrera acumuló galardones: "A mí me han dado todos los premios que un teatrasta puede ganar en Chile y muchos en el extranjero, mi obra está traducida a media docena de idiomas, me estudian en varias universidades, me invitan a dar charlas, conferencias, viaje mucho", dice, sin pizca de egocentrismo.

Pero cuidado si le hablan de teatro: sobre eso este dramaturgo respetado hasta por quienes no lo quieren, es capaz de explayarse con pasión sorprendente. Es cuando afloran sus 'frases para el bronce': "En los años '80, la política maneja los sueños, hoy es el arte. Chile está como en la época del Renacimiento". Y otra: "Este país tiene la mejor escritura y dramaturgia de América Latina, porque el teatro chileno se ha vuelto autoral: de ser periferia, nos hemos vuelto cen-

tro, afuera se maravillan de que el 50 por ciento de nuestros espectadores sean jóvenes. Quienes frecuentan las salas de la avenida Corrientes, en Buenos Aires, en su mayoría son de la tercera edad...".

—En 1985, plena época de *El Trolley*, yo era el dramaturgo más joven de este país, no habla nadie más y eso duró diez años. Ahora las escuelas de teatro pasaron de dos a 22 y hay una generación joven de 60 o 70 dramaturgos. Hacemos una muestra nacional y llegan ¡150 obras!... Son 700 actores, 150 directores. El festival de enero tuvo casi 200 mil espectadores. Todo bulle y a mí me encanta.

—¿Aunque no todo sea de calidad?

—Ese es otro tema. El teatro construye la memoria de un país y, por eso, es esencial. He sido jurado en colegios, en universidades y me ha tocado leer 130 obras donde, bien o mal, tú percibes que registran a Chile. Por eso es tan importante el entusiasmo: visto con proyección, el actual teatro es nuestra base de identidad y realiza una labor de registro que es única. Yo estoy orgulloso de ser teatrasta y de

que afuera la dramaturgia chilena se respete y escuche. Hasta que me vine, era el director del Teatro Universitario de Lovaina, Bélgica. Cuando llegué, todos me decían: 'Estar loco, qué hacis aquí'. Veinte años después, es evidente que había mucho que hacer.

"YO ESCRIBÍ DESDE EL EXILIO Y LA DICTADURA" y entonces (como ahora) existía la necesidad de hacer propuestas para crear nuevas visiones de la sociedad. Sobre todo, de no hablar como el resto, hay que buscar la manera de decir las cosas de otro modo. Hoy, después de veinte años, me sobra energía. Tengo algo de un sado-masoquista: para mí cada obra es empujar de nuevo, reanudar los votos. En estos veinte años he escrito siempre siguiendo un espíritu de época".

—Una clave para Griffero fue 1983...

—Empezó a gestarse el Teatro de Fin de Siglo y todo el movimiento cultural de *El Trolley*. Al llegar a Chile, yo no tenía el concepto de censura, pero ella imperaba: no tenía dónde montar *Historias de un galpón abandonado*, la primera obra de mi trilogía

